

y el estilístico, así como algunos fenómenos de interferencia lingüística y de correspondencia entre ambas lenguas. En la tercera parte del libro —compuesta por una serie de aplicaciones— resulta especialmente atractivo el capítulo que presenta cuatro ensayos de crítica de la traducción literaria. El capítulo final incluye unos ejemplos prácticos de traducción de textos literarios, técnicos y jurídicos. Cierra el volumen una bibliografía selecta, recomendada para consulta, que no recoge la multitud de publicaciones citada por la doctora Álvarez en sus notas a pie de página.

Rigor científico en las disquisiciones teóricas y competencia para tratar las cuestiones prácticas, junto con claridad en la exposición y amenidad a través del conjunto, son las cualidades esenciales que sin duda apreciarán los lectores interesados en la técnica y el arte de la traducción. Todos ellos, no sólo los principiantes sino también los ya expertos, hallarán en esta obra una ayuda eficaz para el aprendizaje o para el progreso a través de un área en la cual siempre se abren nuevos caminos.

María Teresa Gibert Maceda

Manuel Barbeito, ed. *In Mortal Shakespeare: Radical Readings*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1989, 99 pp.

Siempre es imprescindible en toda investigación literaria la casi obligada preocupación por estar al tanto de las corrientes críticas más actuales y de vanguardia, tratando de incorporar nuevos métodos y aproximaciones hermeneúticas que sirvan para tener una visión más significativa y pertinente del hecho literario. Lo que ya resulta menos ilustrativo y sugerente es que estas nuevas apreciaciones críticas no lleguen en todo su frescor, estando desprovistas de la trascendencia y del impacto con los que aparecieron en su momento. Esto es lo que sucede con esta edición sobre distintos aspectos del teatro shakespeariano, aunque siempre tratados y enfocados desde la perspectiva de una interpretación radical del texto, realizada con unos presupuestos marxistas, y donde el contexto adquiere una validez y una resonancia fundamental.

En la Introducción se intenta describir esta nueva corriente interpretativa que se ha erigido por méritos propios en una de las tendencias más destacadas y más de moda dentro del presente panorama shakespeariano. Lo primero que se pretende aclarar es, precisamente, el sentido del término radical. Para ello se afirma que «Something is radical, firstly, because it gets to the root of things, and secondly, because it affects them there» (p. 10). El origen último de esta nueva posición crítica se encuentra en la manera diferente de entender y de acercarse al mundo que la visión marxista postula y posibilita, lo que conlleva una praxis de crítica literaria distinta, unida a una positiva intención de transformar radicalmente el mundo y la historia. Así tenemos que la literatura no es, exclusivamente, una manifestación artística, sino que debe contribuir, en la medida de sus posibilidades, a la transformación de la realidad, puesto que ella, a su vez, es expresión

consumada de la convulsión social existente. Es por ello que el texto se convierte en un pretexto que va más allá del contexto.

Shakespeare, según esta postura crítica, ejemplificaría, de forma casi única e irreplicable, la manipulación y la degradación que puede sufrir un escritor a través de una mitificación alienante. El proceso de mitificación nacional de Shakespeare ha sido el resultado de una positiva producción cultural que necesitaba crear «new values in order to counter the impact on national identity produced by the contradictions in the concept of the empire and the pervading sense of desintegration at the beginning of the present century, and Shakespeare was the corner stone of the whole system» (p. 22). Desde esta perspectiva no es de extrañar que Terence Hawkes, uno de los brillantes y eximios colaboradores de esta publicación, afirme en su *Shakespearean Rag* que Stratford se haya convertido, y debido a este proceso histórico, en «a sort of Mecca of Culture.» Ante esta situación insostenible e injustificable se pretende llegar, por todos los medios, a una desmitificación radical de lo shakespereano, despojándolo de todo aditamento y utilización desmedida e interesada. Así el Shakespeare inmortal pasa a ser lo que siempre debió ser, el Shakespeare mortal y humano.

El libro recoge distintos artículos de los críticos más distinguidos de la actualidad, ya sean pertenecientes al materialismo cultural (Dollimore, Sinfield), ya sean simpatizantes y tengan planteamientos semejantes para con esta tendencia crítica (Hawkes, Drakakis), lo que supone un indudable acierto, dada la calidad de los estudios y la personalidad académica de sus autores. Al comienzo Terence Hawkes nos presenta una panorámica de las más recientes aproximaciones críticas a las tragedias shakespereanas. La visión crítica que se da no es exclusivamente materialista, sino que también se hace referencia y se incluyen otras perspectivas críticas. Se trata, pues, de mostrar una revisión actualizada de las diferentes posiciones que últimamente se han dado respecto a la tragedia de Shakespeare, y que van desde los *Prefaces* de Granville-Barker hasta el materialismo cultural, pasando por el nuevo historicismo americano. Dentro de esta visión resumida y abreviada de actitudes críticas que ofrecen un bosquejo mínimo del estado de la crítica literaria shakespereana hay una mayor extensión y un tratamiento más a fondo del nuevo enfoque marxista, una de cuyos principios básicos es la interacción y la correlación temporal a través del texto, porque «those cultural meanings that we generate now, in our own historical context . . . can hardly be separated from our perception of those generated then» (p. 30). De donde se desprende lo que podríamos dar en llamar su aserto principal e irrefutable más prioritario y sustancial, y que se podría enunciar diciendo que «Texts, plays, then and now, have no essential meanings, we make them mean, we mean by them» (p. 31). Los artículos que a continuación se editan no vienen sino a probar, ampliar y concretizar las tesis fundamentales de la crítica del materialismo cultural, analizando los aspectos y elementos de mayor influjo en lo social.

J. Dollimore centra su estudio en *The Tempest*, abogando por una visión anticolonialista que se apartaría de la que habitualmente se ha tenido de ella. La perversión natural, incluso lingüística, de Caliban sería consecuencia de la perversión originada por la intromisión y la invasión de la que tanto él como la isla son objeto por parte de los explotadores, y no de la radical corrupción previa. Esto quiere decir que las

maldiciones y la deficiente utilización verbal que aparece en boca de Caliban no son el resultado de una naturaleza sustancialmente corrupta por su incultura o por su incapacidad negativa radical. El despojamiento y la alienación, más bien, son los culpables del caos y del desorden que reina por doquier tras la llegada de Prospero. La maldad existente no sería sino un desplazamiento y una continuación de la perversión que se da en el mundo civilizado, cuyas pautas y comportamientos son copiados por los incivilizados salvajes. La colonización se torna, de este modo, en algo terriblemente negativo y nefasto, porque más que redimir lo que se hace es pervertir al emplearse actitudes y parámetros de actuación negativa que de ninguna manera son aceptados en el mundo civilizado.

Este enfoque materialista, también, pone en tela de juicio posturas tradicionales que parecían inamovibles e incontestables, como sucede con la importancia que se ha venido dando, por parte de un reconocido y prestigioso sector de la crítica shakespeariana, a los personajes individuales, al convertirse por sí mismos en centro referencial de la acción teatral. Prácticamente todo se explicaba desde él y por él. Sin embargo para A. Sinfield lo definitivo y lo decisivo de la representación teatral no está tanto en lo individual, como en lo social. El orden y la estructuración de la sociedad delimitan una concepción determinada del mundo y una forma concreta de comportamiento y de relación mutua entre los individuos. Lo que acontezca y se escenifique será consecuencia y expresión de unas directrices e imperativos dictados e impuestos por unas pautas sociales específicas, circunscribiendo y enmarcando el espacio de posibilidades y de operatividad del individuo. Para justificar y explicitar su argumentación realiza un análisis de las diferentes *stories* que se contienen en *Othello* y que son las que, en última instancia, deciden y hacen que los individuos sean aceptados o rechazados, sean bien considerados o difamados. Estas historias prueban como las producciones culturales son las que dictan e imponen un margen de actuación y de aceptación social en un tiempo determinado, y donde el concepto de *plausibility* se torna imprescindible y esencial, ya que la historia debe ser ante todo creíble. No podemos olvidar que «*stories are inevitably social*» (p.53). Y que son ellas las que van a posibilitar la adaptación y la aceptación de Othello. No por cuanto él es, sino por cuanto se dice de él. El senado finalmente cree en la buena reputación del moro, a pesar de su condición de extranjero en la ciudad de Venecia, pero no por su indiosincracia personal, sino por el testimonio aducido por otros, y que se ajusta a los patrones sociales permitidos: «*Your trusty and most valiant servitor,/ With his free duty recommends you thus/ And prays you to believe him*» (1.3.40-42). De este modo Othello deja de ser «*the erring barbarian*» para convertirse en «*the marvellous exotic.*» Su admisión y las consideraciones que de él se puedan tener no se deben a su individualidad irrepetible y única, sino que dependen de factores sociales contextuales que, en este caso, se muestran prioritarios e intransigentes.

Dentro de la perspectiva contextual del materialismo cultural el racismo es un elemento a tener en cuenta en la actividad dramática shakespeariana, que, a su vez, refleja una de las convenciones teatrales más de moda en su época. En *The Merchant of Venice*, la obra de teatro que sirve a J. Drakakis para exponer y explicitar sus presupuesto críticos, lo racial aparece como un componente derivado de algo más englobante y decisivo, ya que: «*all the social institutions which are represented in the play can be read off as*

straightforward reflections of the economic relationship between Christian and Jew, where the latter comes to embody in displaced form a division within the bourgeois human subject» (p.73). Las relaciones económicas, la distinción entre una sociedad capitalista y una sociedad precapitalista son, en esta ocasión, y adquieren una dimensión trascendental, puesto que su influencia va a ser fundamental en la obra y va a condicionar todos los componentes sociales. Sin embargo todavía hay más, ya que parece que esta obra pretende ser también una crítica contra el incipiente montaje económico que se empieza a dar en la sociedad renacentista. La desmedida usura, de la que Shylock hace gala, pone en entredicho, de una manera directa, los principios mercantilistas y económicos, y con ello la concepción de un mundo basado en las relaciones de mercado.

Poco queda por decir. Tan sólo que estas innovaciones críticas dentro del teatro shakespereano han de verse y de aceptarse con una relatividad obligada, ya que, se quiera o no, toda crítica y toda interpretación son parciales por naturaleza y definición. Hay, pues que sopesar la validez de esta tendencia crítica en su aplicación al teatro de William Shakespeare y calibrar la nueva perspectiva de acercamiento y de entendimiento que propicia, utilizando toda la potencialidad que alberga. Sin embargo, y al mismo tiempo, hemos de ser conscientes de que el materialismo cultural no agota la inmensa riqueza que el universo dramático shakespereano encierra, y donde un exceso de contextualización puede ir fatalmente en detrimento de la textualidad de la obra teatral al desviarnos y alejarnos más y más del texto.

José Manuel González Fernández de Sevilla

Blanca Krauel. *Viajeros británicos en Málaga (1760-1855)*. Málaga: Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1988, 143 pp.

El propósito de Blanca Krauel en este libro no podría ser más modesto: se trata de reconstruir, a partir de los libros publicados por una serie de viajeros británicos que visitaron España en los años indicados, la imagen, a menudo distorsionada o parcial, de Málaga que esos curiosos turistas forjaron primero y difundieron después entre sus compatriotas. La autora, avezada en estas tareas gracias a su obra anterior, *Viajeros británicos en Andalucía* (Málaga: Universidad, 1986) tiene el acierto de dejar que sean los propios visitantes quienes cuenten sus experiencias, impresiones y opiniones. A tal efecto va entresacando citas largas de las voluminosas obras de los británicos, que pone en relación entre sí; nos hace ver cómo los prejuicios y imprecisiones de unos influyen en las percepciones de otros; y termina ofreciendo una breve panorámica del punto de vista contrario: las burlas, las caricaturas y la sorna con las que algunos malagueños les devolvían la moneda a los ingleses impertinentes que se habían atrevido a juzgarlos y criticarlos.